

El discurso neoconservador en relaciones internacionales (Aproximación crítica a la teoría social posmoderna)

Hilda Varela Barraza *

Introducción

Visto en retrospectiva, el espíritu de la época, literalmente reaccionario, que domina desde mediados de los años setenta adquiere perfiles nítidos y de modo tan manifiesto en el estilo arquitectónico como en el del pensamiento preocupado por diagnosticar la actualidad...

A primera vista, los 'posmodernos de hoy' se limitan a repetir el credo de los sedicentes 'posracionalistas' de ayer.

Jürgen Habermas.¹

A una década de concluir el siglo y el milenio se han desencadenado, como en cascada, procesos de cambio cualitativamente nuevos que coexisten en forma contradictoria con el agravamiento de añejos conflictos sociales. Estos procesos y conflictos, estas tendencias y contra-tendencias son expresión concentrada de la llamada *aceleración de la historia*, en la que coinciden un extraordinario dinamismo y un marcado desarrollo desigual a nivel mundial.

Esta cambiante y compleja realidad mundial, científicamente difícil de aprehender, es percibida en la teoría social occidental como una vorágine que amenaza con arrasar todo a su paso, desde las estructuras del capitalismo hasta las elaboraciones teóricas de la sociedad y de la cultura y la propia concepción de ciencia social. La nueva coyuntura mundial está acentuando las insuficiencias

epistemológicas y ontológicas que han caracterizado a las Relaciones Internacionales desde su conformación como disciplina científica. Los esquemas analíticos no-marxistas, ante su debilidad teórica para comprender procesos de transformación de las dimensiones actuales, y las construcciones teóricas marxistas, erosionadas por pugnas entre distintas corrientes internas y por vicios mecanicistas y dogmáticos, han perdido su poder explicativo de una realidad que parece superar con creces los estrechos marcos de las teorías clásicas de las Relaciones Internacionales.

La presente década empezó con la irrupción de fenómenos singulares de difícil lectura, con ascensos, "derrumbes" y "muertes": ascenso de relaciones sociales cualitativamente nuevas y especialmente confusas, que por primera vez en la historia asumen la forma de tendencia *mundial*; emergencia de movimientos sociales que se creían superados y, sobre todo, ascenso de mitos; por otro lado, en forma apresurada, se extienden certificados de defunción a la Guerra Fría y con ella al hegemonismo clásico con sus zonas de influencia, a la lucha de clases, a la historia, a la ideología y a la política. Los "derrumbes" comprenderían desde el muro de Berlín hasta la teoría marxista y el socialismo real.

Los términos "derrumbe" y "muerte", cuestionables tanto desde el punto de vista teórico como en su concreción real, simbolizan sin embargo el clima que impera en las teorías sociales occidentales, en su versión dominante y en un tono apocalíptico pretenden una ruptura con el pensamiento positivista y con el racionalismo, en lo que es interpretado como el "derrumbe" de las teorías críticas de la sociedad y de la cultura y como la

* Profesora del Centro de Relaciones Internacionales.

Relaciones Internacionales, vol. XIII, núm. 50, 1991, UNAM.

¹ Habermas, J. *Ensayos políticos*. Barcelona, ediciones Península, 1988, pp. 10 y 11.

"muerte" de la razón y de la imagen unificada del hombre, de la humanidad, que dominara a lo largo de 5 siglos. Lo que está en juego no es solamente la función social de la ciencia y la naturaleza de la ciencia (de su forma específica de razonar) sino en última instancia, por un lado, la forma concreta que asumirá en el siglo XXI un capitalismo que por primera vez en la historia es global y mundial, y en segundo lugar, la concepción del humanismo que ha acompañado al capitalismo en su desarrollo histórico.

La idea del hombre y la visión de su futuro aparecen como la preocupación central en estos sofisticados esquemas que pretenden la ruptura con las formas clásicas del pensamiento. En el plano conceptual (ontológico) y en forma contradictoria, la aceleración de la historia es interpretada como la transición hacia la tierra prometida de un capitalismo global autoequilibrado a escala mundial o como la transición hacia el caos, la descomposición y el apocalipsis final: como fenómeno en ascenso que despierta el optimismo o bien como el síntoma inequívoco de la profunda decadencia del orden social, económico, político e intelectual de la humanidad, como el apocalipsis.

Para unos, el mundo avanza hacia una "aldea mundial" más armónica, tolerante de las diferencias y flexible, alejada de estructuras jerárquicas basadas en el poder y al margen de lo político, con amplios esquemas de integración que borren (¿o ignoren?) el desarrollo desigual y las injusticias sociales a nivel mundial, como el paso previo hacia un mundo más pacífico y estable (George Bush), como la transición hacia un periodo irreversible de paz (Mijail Gorbachov).²

Hay otros sectores, especialmente intelectuales, corroidos por un escepticismo casi patológico, que no sólo rechazan sino que hasta niegan todo lo existente, tanto en el mundo vital como en el teórico,³ que invalidan la forma de razonamiento que durante 5 siglos ha dominado la creación científica, pero sin pretender aportar una alternativa, preocupados sólo por romper ataduras metafísicas y por concebir este momento como un presente transhistórico: sin pasado ni futuro. Esta concepción escéptica, que tiende a convertirse en

hegemónica, puede ser resumida en la frase de Marx: "todo lo sólido se desvanece con el aire".⁴

Estos intentos intelectuales de ruptura con el pasado expresan y reproducen en forma dialéctica problemas, circunstancias y fenómenos específicos de las sociedades altamente desarrolladas, ahora denominadas sociedades posindustriales, lo que acentúa la debilidad teórica de esos esquemas nuevos, que excluyen las "diferencias": la pauperización crónica de grandes regiones del mundo, la profundización de conflictos sociales que en los análisis de los grandes centros de investigación occidentales son descritos como "arcaísmos", pero que constituyen una dolorosa realidad en numerosos países.

El desconocimiento de la cara amarga de la realidad social en los grandes paradigmas teóricos de Relaciones Internacionales no es un hecho novedoso, peor en la presente coyuntura es más acentuado: ante el encanto que los cambios de Europa del Este ejercen en la teoría occidental y en medio de la crisis de identidad de las sociedades posindustriales, son deliberadamente ignorados los cambios, las situaciones dramáticas y las esperanzas de las regiones con un desarrollo tardío. La realidad mundial no está conformada sólo por los acontecimientos que se suceden en las superpotencias, en la Europa comunitaria, en la dinámica zona del sudeste asiático o en Europa del este. Los fenómenos registrados en Guatemala, Liberia, la India y Afganistán, entre otros muchos, son la cara oculta de un mismo proceso que Occidente quiere borrar en sus nuevos esquemas teóricos.

En este contexto crece el reto a la creatividad y a la reflexión autónoma. La *aceleración de la historia* exige la elaboración de interpretaciones que a partir de nuestra realidad posibiliten la comprensión crítica de las tendencias y contra-tendencias contradictorias y complejas que se expresan a nivel mundial.

⁴ "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias e ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*; todo lo sagrado es profanado y los hombres al fin se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas" Marx y Engels, "Manifiesto del Partido Comunista" en Marx y Engels, *Obras escogidas*. Moscú, Edit. Progreso, 1969, pp. 37-38. El subrayado es nuestro. Véase también M. Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México, Siglo XXI, 1989, 2a. edición.

² Estas formas de interpretar la transición actual fueron emitidas por los mandatarios de Estados Unidos y de la URSS en la reunión cumbre de junio de 1990. Cfr. "Predice Gorbachov la paz irreversible", *Uno más Uno*, 1 junio 1990, pp. 1 y 20; "Grandes progresos hacia la paz: Bush", *Uno más Uno*, 4 junio 1990, pp. 1 y 19; "Acabó la guerra fría; no hubo vencedor: Gorbachov", *Uno más Uno*, 5 junio 1990, pp. 1 y 24.

³ La expresión "mundo vital" para designar la realidad concreta, por oposición al "mundo teórico", es de Habermas, *Ensayos ...* pp. 40-44.

Todo lo dicho nos lleva a la convicción de que la teorización sobre la realidad internacional y los debates y polémicas teóricas al ser impuestos desde las academias de la cultura dominante, soslayan y oscurecen ciertas reflexiones de nuestra propia e inmediata realidad. Y que ésta, al ser estudiada y abordada propiamente, hace patente otros elementos que negarían la pretendida validez universal de las descripciones que de la realidad mundial nos imponen, al incorporar otros datos. Lo que genera la necesidad de una verdadera reinterpretación del sistema mundial menos simplificadora, revelándolo más dramáticamente contradictorio y complejo.⁵

Este trabajo constituye un intento por elaborar un marco analítico para la comprensión de los nuevos enfoques teóricos en Relaciones Internacionales que tienden a convertirse en hegemónicos y que están fuertemente permeados por el discurso neoconservador de moda en Occidente: el pensamiento posmodernista.

El posmodernismo es polémico, conflictivo y a veces aspero debido a su lenguaje inaccesible, a su insistencia en combatir todo lo que hay, lo que cree y lo que se piensa, como una reacción de ira ciega en contra del pasado. Pero es indudable que ejerce una influencia irresistible en amplios sectores intelectuales de América Latina, en donde se asemeja a un canto de sirenas.

Las nuevas teorías sociales producidas por los grandes centros de investigación occidental tienen como sello un alto grado de sofisticación y de abstracción, con el predominio de la reflexión filosófica *strictu sensu*, lo que aunado a una rebuscada terminología, "reservada para los eruditos" (*sic.*) y al carácter fragmentario, multiforme y difuso del posmodernismo dificultan la identificación del contenido ideológico de los nuevos esquemas de Relaciones Internacionales.

El marco analítico que aquí se propone está determinado por la correspondencia dialéctica entre construcción teórica y desarrollo global del capitalismo en su dimensión histórica y tiene como referente empírico la crisis estructural del capitalismo internacional (1968/73 ...), como referente histórico la última década del siglo XIX y como referente teórico el proyecto de modernidad.

En este sentido, el núcleo del marco analítico aquí planteado está determinado por un estudio comparativo dialéctico, con la reconstrucción histórica del contexto mundial de la última década del siglo XIX y del presente siglo XX, en un esfuerzo deliberado por enfatizar la historicidad crítica de los

procesos, por oposición a la constatación de verdades transhistóricas (o ahistóricas) propuesta por las corrientes posmodernistas. Los presupuestos centrales del marco analítico son:

- la definición de la coyuntura actual como un periodo histórico específico, de *crisis*,
- la correlación dialéctica e histórica entre las tendencias generales del desarrollo económico capitalista (mundializantes) con las tendencias ideológicas dominantes, para los fines de este estudio plasmadas éstas en las nuevas teorías de Relaciones Internacionales (con vocación hegemónica),
- el pensamiento posmoderno no puede ser comprendido sin su antítesis (o por lo menos sin su obligado punto de referencia): el proyecto modernista, que alcanzara una fase de auge a finales del siglo pasado.

Dos décadas de fin de siglo: 1890 y 1990

El análisis comparativo dialéctico permite descubrir similitudes importantes pero también diferencias cualitativas entre la última década del siglo XIX y la presente década, que es la última del siglo XX y la última del milenio: ambos momentos históricos han tenido *per sé* un carácter simbólico de cambio, de transición hacia una nueva centuria que ha coincidido con cambios cualitativos a nivel mundial.

En los dos periodos (cada uno en su momento histórico preciso) debido a la violenta y conflictiva irrupción de fenómenos y procesos sociales novedosos, la realidad internacional ha sido definida como una vorágine que amenaza arrasar con todo a su paso. En los dos periodos ha surgido la conciencia confusa y ambivalente de un cambio de época.

Sin embargo, el sentido del cambio, de la transición en esos dos periodos históricos es cualitativamente diferente. La última década del siglo XIX estuvo dominada por el relativo apogeo del imperialismo (británico) y el auge del capital financiero en su acepción clásica, en una *fase ascendente* de desarrollo del capitalismo, que en una expansión acelerada tendía a crear, por primera vez en la historia, un mercado integrado internacionalmente, con el reparto total del mundo en zonas de influencia, que requería la existencia de Estados fuertes. En forma contradictoria, las fuerzas políticas al interior de la Europa continental favorecían los factores de división entre Estados soberanos, acentuando las diferencias de desarrollo entre éstos, y las regiones coloniales o de reciente descolonización.

La última década del siglo XX es confusa y contradictoria, con la emergencia de fuerzas económicas que *hipotéticamente* tienden hacia la integración, no de los Estados, sino de los hombres

⁵ Cuadra, H., "La Sociología Internacional y la Sociología Latinoamericana. Un desencuentro analítico". *Relaciones Internacionales*, vol. XII, núm. 47, p. 13.

(de las humanidades o sea de las distintas comunidades según la terminología posmoderna) en una fase descendente de la modalidad de desarrollo capitalista inaugurada al concluir la segunda guerra mundial, modalidad que al agotarse no implica sin embargo el "derrumbe" del capitalismo como proceso socio-histórico global.

Estos dos periodos han coincidido en forma dialéctica con cambios significativos al seno de la ideología dominante:

- En la fase ascendente, las tendencias básicas del desarrollo capitalista de fines del siglo XIX se tradujo en un optimismo casi ilimitado en el crecimiento económico y en la capacidad innovadora y de emancipación de la humanidad. Estas tendencias ideológicas dominantes, en su carácter académico, significaron el nacimiento y desarrollo de la gran mayoría de las ciencias sociales (excluidas las relaciones internacionales como disciplina científica), en un proceso acelerado de fragmentación del conocimiento de la realidad social.
- En la fase descendente, las tendencias básicas del desarrollo capitalista de este fin de siglo se expresan en el predominio de sofisticadas ideologías impregnadas por el escepticismo frente al futuro del hombre, con visiones catastrofistas acerca de la naturaleza del hombre que mezclan la irracionalidad y el misticismo con la decepción ante la ausencia de soluciones políticas globales ante la crisis. En el nivel académico, estas ideologías proclaman el agotamiento de las teorías críticas de la sociedad y de la cultura, el rechazo de la reflexión positivista y racionalista y en sus posiciones más extremas niegan la posibilidad de construir teorías y declaran la inutilidad de las ciencias sociales.

1890: auge de la modernidad

En la última década del siglo XIX, la estructura del sistema internacional estaba caracterizada por la complejidad de los fenómenos emergentes, en un proceso cambiante de alianzas y tensiones, con la paulatina pérdida de flexibilidad en las relaciones internacionales. A unos cuantos años de concluir ese siglo, la hegemonía británica a escala internacional, que había perdido gran parte del dinamismo protagónico gestado en la revolución industrial, entraría en una relativa y postrera fase de auge, ante la incipiente emergencia de nuevas formas de desarrollo capitalista.

El deterioro relativo del hegemonismo británico aceleró las rivalidades políticas europeas, sobre todo con el auge de nuevas tendencias expansionistas, en

especial en Asia y en Africa, ante el gran número de países europeos involucrados en los problemas de las áreas periféricas,⁶ estos problemas se convertían en elemento de rivalidad entre las potencias europeas.

El inminente declive del imperialismo británico no era percibido en el terreno teórico, que tampoco parecía asumir la configuración de una nueva hegemonía, internacional. En forma silenciosa, como un viraje económico, político y social en la dinámica histórica en Estados Unidos, nacía la que sería la principal revolución capitalista del siglo XX: la *revolución corporativa*.⁷

Al comenzar 1890, la caída de Bismark en Alemania simbólicamente marcó en forma contradictoria la crisis del conservadurismo clásico europeo y el debilitamiento del empuje liberal, que al lograr imponer sus objetivos centrales (constitucionalismo, derecho de participación política para la clase burguesa, derecho a la libertad del ciudadano) había agotado su capacidad revolucionaria, al convertirse en un movimiento político estabilizador y de legitimidad del orden burgués.

El liberalismo europeo, surgido como el único movimiento político viable frente al poder estatal de la aristocracia, tenía su núcleo programático en la defensa de los derechos humanos para todos los ciudadanos, en la participación de la burguesía en la vida política, en la preeminencia de un sistema constitucional, en la libertad económica y, en forma simultánea, en la máxima limitación a la intervención del Estado en economía, por lo que ha sido definido como la "teoría de los derechos humanos y de la sociedad de mercado".⁸ Su ascenso

⁶ "... por primera vez en la historia moderna, estos problemas locales estaban tan extendidos y las potencias europeas afectadas eran tan numerosas que colectivamente constituían una crisis general en las relaciones entre Europa y el mundo menos desarrollado. Sería ahistórico afirmar que el resultado sólo podía ser la colonización rápida y universal ... " D. Fieldhouse, *Economía e Imperio. La expansión de Europa (1830-1914)*. México, Siglo XXI, 1978 la cita es de la p. 522. véase también pp. 522-525 y 537-539.

⁷ "... el liberalismo corporativo norteamericano aportará en sus juegos pragmáticos entre lo público y lo privado, entre la libertad y uniformidad, entre individualismo y estandarización, la forma más avanzada agresiva, flexible y redituable de la ideología y la política capitalistas del siglo XX ... el corporativismo norteamericano llevará la ventaja de su sincronización anticipada con las modalidades operativas fundamentales del capitalismo financiero, de su correspondencia (real o aparente) con el desarrollo de las fuerzas productivas, de su arraigo en la sociedad civil, de su renuncia "moderna" y "democrática" tanto hacia el Estado interventor como hacia las instancias populares inconvenientemente masificadas" J. L. Orozco, *La revolución corporativa*. México, Hispánicas, 1987, pp. 14-15.

⁸ Esta definición corresponde a N. Bobbio cit. pos. M. Bovero, "Los intelectuales, la política y la democracia", *Utopías*, núm. 6. 1990, p. 6 Véase también N. Bobbio y M. Bovero, *Sociedad y Estado en la filosofía moderna*. México, FCE. 1986, pp. 236-240; W. Mommsen, *La época del imperialismo*. México, Siglo XXI, 1987, pp. 11-17 y 170-178; A. Villegas, *El liberalismo*. México, UNAM, Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas, 1986.

despertó un optimismo ilimitado y para la última década del siglo pasado había logrado imponerse por lo menos en Europa occidental, región que dominaba el contexto del mundo vital y de la teoría internacional.

El liberalismo y su forma específica de democracia (participativa) aseguraron la libertad que el capitalismo industrial (empresarial) requería para su desarrollo.

El nacionalismo, estrechamente unido en sus orígenes al liberalismo y a la democracia, provocaron una transformación radical de las estructuras políticas de los países europeos, en pocos años convertidos en potencias coloniales: el colonialismo se convirtió en la "gran empresa nacional", los habitantes de Asia, África y América Latina fueron el botín en el reparto del mundo y después de 1890 el "tiempo de la política exclusivamente europea" había acabado para dar paso a las potencias realmente mundiales.

La modernidad: "una huida sin fin"

"La modernidad no ha sido recibida positivamente, en general, porque no ha sido nunca concebida claramente"

G. Balandier

"Cuando la modernidad se deja ver es que oculta el vacío"

J. Godboit

"Ser moderno es saber lo que no es posible"

R. Barthes

"Los 'hombres nuevos'(son) inventadores de la época moderna, como las propias máquinas"

C. Marx.

En la última década del siglo pasado, el triunfo del liberalismo europeo marcó el ascenso de la modernidad como proceso socio-histórico, en la que sería su fase de auge y universalización (aparente) y estableció una ruptura definitiva con el orden feudal (teológico). En ese momento, Estados Unidos y su liberalismo específico (empresarial elitista) representaba una nueva forma, la más evolucionada, del capitalismo, mediante un redimensionamiento político y social de la empresa privada.¹⁰

Intentar la definición de un término polimorfo, nebuloso y polémico como el de la modernidad

equivale a incursionar en arenas movedizas: es "una huida sin fin",¹¹ un conjunto de experiencias comunes a toda la humanidad, en una "unidad de la desunión",¹² como discurso de legitimación del *status quo*, unificador y globalizante:

- con la *homogenización* de la humanidad (vía la creación de un mercado capitalista mundial), en torno a principios fundamentales que se suponen comunes a todos los hombres y mujeres, independientemente de la clase social, el sexo, la nacionalidad o la religión. Estos principios identifican al desarrollo de la ciencia, de la racionalidad y de la historia humana con el proyecto de emancipación del hombre,
- con la *individualización* de la vida social, económica, política y cultural (basada en la propiedad privada capitalista).

El proyecto de modernidad¹³ nació a comienzos del siglo XVI aproximadamente, en formas fragmentarias, como sinónimo de la moda del momento que se vivía, sin una relación esencial con la historia, hasta tornarse en una conciencia difusa de un cambio de época, necesariamente referida a un pasado histórico y asumió en forma nítida el carácter de proyecto burgués de la sociedad con la Revolución Francesa y con la Revolución Industrial en Inglaterra.

"El término "moderno" tiene una larga historia ... en su forma latina "modernus" se empleó por primera vez a finales del siglo V para distinguir el presente, que se había convertido oficialmente en cristiano, del pasado romano y pagano. Con contenido variable, el término "moderno" expresa una y otra vez la conciencia de una época que se pone en relación con el pasado de la antigüedad para verse a sí misma como el resultado de una transición de lo viejo a lo nuevo.

Algunos autores restringen este concepto de "modernidad" al Renacimiento, pero esto es históricamente demasiado estrecho ... el término "moderno" aparecía y reaparecía exactamente en aquellos periodos en Europa en los que se formaba la conciencia de una nueva época por medio de una relación renovada con los antiguos ...

La fascinación que los clásicos del mundo antiguo ejercían sobre el espíritu de tiempos posteriores se disolvió por primera vez con los ideales de la

¹¹ Balandier, *op. cit.*, p. 142.

¹² Berman, *op. cit.*, p. 3 y ss.

¹³ La bibliografía sobre este tema es muy amplia. Para este trabajo se tomó *in extenso* las siguientes obras: Foster, Habermas, Baudrillard, et. al. *La posmodernidad*. México, Kairos, 1988; Berman *op. cit.*; J. Picó (comp.) *Modernidad y postmodernidad*. Madrid, Alianza edit., 1988; G. Vattimo, *El fin de la modernidad*. Barcelona, Gedisa, 1986; Balandier *op. cit.*; Chesnaux, *Sur la modernité*. Paris, Maspero, 1983; Febvre, Erasmo, *la Contrarreforma y el espíritu moderno*. Barcelona, Orbis, 1970; Habermas, *Ensayos ...*

⁹ Las citas corresponden a: G. Balandier, *Modernidad y poder*. Madrid, Júcar Universidad, 1988, p. 141; Godboit *ibidem*; Barthes *ibidem*. La frase de Marx es citada por M. Berman *op. cit.*, p. 119.

¹⁰ "... las 'industrias privadas', el 'sistema accionario' y el 'sistema gerencial' amplían la esfera de dominación social del capitalismo privado y propician la concentración del poder económico que concentra proporcionalmente el poder político e ideológico" J.L. Orozco *op. cit.*, p. 81.

Ilustración francesa. Específicamente, la idea de ser "moderno" por volver la vista a los antiguos cambió con la fe, inspirada por la ciencia moderna, en el progreso infinito del conocimiento y en el avance infinito hacia mejoras sociales y morales. A raíz de este cambio se configuró una nueva de conciencia moderna".¹⁴

Hacia fines del siglo XIX la modernidad evolucionó como conciencia radicalizada, cuyos rasgos esenciales son:

- un proyecto de emancipación del hombre (*utopía*), concebido en el contexto del humanismo iluminista occidental,
- el hombre como sujeto capaz de transformarse a sí mismo y a su realidad mediante el conocimiento y la participación democrática (según el liberalismo) o mediante el conocimiento y la lucha política (marxismo),
- el culto a la razón, lo que propició el desarrollo o gestación, a finales del siglo pasado, de casi todas las ciencias naturales y sociales contemporáneas (con excepción de las Relaciones Internacionales),
- la interpretación del proceso histórico como progresivo, lineal y ascendente, basado en un desarrollo sin límites y en una sociedad dinámica volcada hacia el futuro, ("huida sin fin") necesariamente percibido como promisorio aunque el presente fuese miserable, como una estructura histórica capitalista que planteaba los cambios sociales *sin fracturas traumáticas*.

La modernidad no puede ser concebida sin *utopía*. La modernidad ha sido en forma simultánea un proceso socio-histórico concreto y un proyecto de emancipación, en este sentido es ante todo una *utopía* que unifica a la humanidad en torno a prácticas vivenciales comunes pero sobre todo con base en los principios éticos del iluminismo, que augura la conversión de todos los hombres en *sujetos* de la historia, sujetos dotados de voluntad y del ejercicio crítico de una razón sin límites, que puede hacer realidad la autoemancipación. La capacidad de ser *sujetos* no está exenta de riesgos, implica la posibilidad de contraer compromisos, de equivocarse y de autotransformación. La *utopía*

ha sido la condición de posibilidades del existir humano. No hay historia sin esta dimensión trascen-

dental. Este proyecto anuncia lo todavía no sido, mientras denuncia lo intolerable ... El ente humano no puede —literalmente— existir a partir sólo de realidades".¹⁵

La modernidad es *utopía* y por eso ha sido un concepto articulador central en la discusión filosófica, política, ideológica y literaria de los últimos 5 siglos. Desde Rousseau hasta Habermas, pasando por Marx, los teóricos de la modernidad han sido utópicos.

Las ciencias sociales modernas

La modernidad inauguró una nueva actitud científica, basada en la centralidad de la reflexión filosófica positivista y en el privilegio de la razón, lo que equivalía a una ruptura radical con las tesis teológicas. Con la modernidad surgieron los grandes relatos o discursos de emancipación, de totalidad (*metarrelatos* o *metanarraciones*), que han dominado el desarrollo reciente de las ciencias sociales: la filosofía, la historia y el marxismo entre otros. Estos discursos tienen en forma implícita una *utopía*, un ideal de humanidad que homogeniza, unifica a todos los hombres.

En la óptica clásica (moderna), la reflexión filosófica *strictu sensu* articula los diferentes modos de argumentación de las ciencias sociales, en cuyo núcleo están los ideales humanistas engendrados en el capitalismo, que en el plano teórico se concretan en la elaboración de grandes discursos de legitimación basados en la concepción de la historia como un proceso de emancipación del hombre, en el cual los científicos sociales eran los "arquitectos" del proyecto emancipatorio.

En la modernidad, el principio legitimador del conocimiento (enraizado en la historia) da validez a los comportamientos y a los hechos, a las funciones de la sociedad, a la definición de criterios de selección y de valoración y a la tarea que cumplen las ciencias, en especial las sociales.

El desafío de la concepción dominante de la ciencia, y del propio proyecto burgués de sociedad moderna, nació en la teoría social de la modernidad, cuando en la segunda mitad del siglo XIX el análisis de los conflictos sociales y de las tensiones internacionales del desarrollo capitalista se transformó en proyecto de emancipación revolucionaria, con el marxismo. Con ésto, en cuanto al contenido social, los grandes discursos emancipatorios y de legitimación de la sociedad eran en forma antagónica estabilizadores del *status quo* (el liberalismo) y revolucionarios (el marxismo).

¹⁴ Habermas, "Modernidad versus postmodernidad" en Picó, *op. cit.*, pp. 87-88.

¹⁵ Cerutti, H. "Utopía y América Latina", *Utopías*, núm. 2, 1989, p. 9.

El fracaso de esta razón burguesa, o del Estado burgués, se pone de manifiesto a lo largo de los siglos XIX y XX en todos los aspectos deshumanizadores y alienantes de la sociedad capitalista, y da pie a la economía política de Marx. La reivindicación hegeliana del Estado moderno, como manifestación más alta de la razón, es para Marx una formulación ideológica, una reconciliación entre el universal y el particular pensada pero no real. La razón ilustrada burguesa en su plasmación real estaba, por tanto, plagada de contradicciones y era portadora por igual de progreso y destrucción. Sólo explicitando estas contradicciones y haciéndolas explotar se podría reconstruir la futura emancipación de la sociedad, y a esa tarea se apresta toda la tradición marxista.¹⁶

Es importante enfatizar que *todas las corrientes de pensamiento* de nuestros días son producto de la modernidad, gestadas o al menos desarrolladas hasta asumir las características contemporáneas durante el periodo de auge de la modernidad. De igual forma, en la segunda mitad del siglo XIX surgieron casi todas las ciencias sociales: la sociología, la antropología, la economía.

Las Relaciones Internacionales como disciplina científica tuvo un nacimiento tardío en comparación con la gran mayoría de las ciencias sociales, acorde al desarrollo de la realidad internacional, cuando ésta asumió una forma estructurada, con la integración de un mercado mundial capitalista, producto en parte de la invasión colonial,¹⁷ que desde finales del siglo XIX hasta principios del XX universalizó el modo de producción capitalista y volvió proceso histórico "real" a la modernidad, al expandirse a todo el mundo: a los colonizados de Asia y África se les incorporó violentamente en las formas de organización de la modernidad (capitalismo, Estado), mientras que la zona dependiente de América Latina ya había sido integrada al mercado mundial. A estas regiones, reducidas a ser el último vagón de la "historia occidental", la modernidad prometía la emancipación mediante el acceso a un capitalismo próspero, a pesar de que su presente era de miseria y explotación.

En todas las ciencias sociales, incluida la disciplina de las Relaciones Internacionales, los conflictos sociales y la cultura de la modernidad occidental dejaron una profunda huella, en especial en las categorías analíticas, epistemológicas y en la concepción del conocimiento científico, con el predominio paradigmático, con esquema más o

menos rígidos que conciben a la sociedad como dinámica y al desarrollo histórico según una secuencia de etapas (orden estructurador más o menos armónico): categorías y conceptos tales como realidad social, ciencia social y superación crítica, entre otros, son producto del pensamiento de la modernidad que ha definido la naturaleza, la función social y por lo tanto la legitimación de las ciencias sociales.

Todas las ciencias sociales parten de la "hipótesis de que la realidad observable está organizada ... que sus fenómenos se ajustan a una regularidad cognoscible".¹⁸ Por lo tanto, la ciencia social moderna ha tenido como preocupación básica descubrir regularidades y tendencias de aquellos procesos con mayor grado de complejidad e integración, para distinguir la esencia de lo superficial, mediante la construcción de categorías diferenciadas con un contenido preciso y riguroso, estructuradas y ordenadas en una totalidad (ciencia), con criterios dicotómicos y opuestos: conocimiento científico/conocimiento vulgar, teoría/práctica, concreto/abstracto, relevancia/irrelevancia, esencia/apariencia, etcétera.

En las dos primeras décadas del presente siglo (periodo de gestación disciplinaria) las Relaciones Internacionales estuvieron fuertemente influenciadas por la larga tradición de reflexión filosófica europea, impregnada con el espíritu de la modernidad, en el optimismo y en la fe en el progreso social. Sin embargo, esos primeros pasos de construcción científica fueron poco numerosos, aunque profundos en cuanto al alcance de su capacidad explicativa y en relación con el grado de elaboración teórica.¹⁹

El desarrollo sistemático de las Relaciones Internacionales como disciplina científica en Estados Unidos tuvo lugar en la década de 1930. Sin ignorar la existencia de algunos esfuerzos previos en ese país, fue a partir de ese periodo cuando la evolución de las relaciones internacionales en Norteamérica se volvió tan espectacular e impactante como el propio desarrollo hegemónico de Estados Unidos a nivel mundial. Marcel Merle,²⁰ sintetizando la opinión de otros autores europeos, afirma que el desarrollo acelerado y temprano de las Relaciones Internacionales en Estados Unidos es imputable a la falta de una tradición intelectual comparable con la europea.

¹⁶ Picó, *op. cit.*, p. 15.

¹⁷ Cfr., Iliana Cid Capetillo, "Reflexiones críticas sobre el surgimiento teórico de la disciplina de las Relaciones Internacionales", *Relaciones Internacionales*, núm. 23, 1978, p. 26; E. Krippendorff, *Las relaciones internacionales como ciencia*. México, FCE, 1985, pp. 11-37.

¹⁸ Bagú, *Tiempo, realidad social y conocimiento*. México, Siglo XXI, 1984, p. 21 véase también pp. 15-20.

¹⁹ Cfr., Palmer, *cit. pos.* Arenal, *Introducción a las relaciones internacionales*. Madrid, Tecnos, 1987, p. 51; Colard, *Les Relations Internationales*. París, Masson, 1977, pp. 15-24, 28-31; M. Merle, *Sociología de las relaciones internacionales*. Madrid, Alianza Edit., 1978.

²⁰ Merle, *op. cit.*, p. 97.

En todo caso, con el realismo político morgenthiano las Relaciones Internacionales perdieron en gran parte su nexo con la tradición reflexiva europea, profunda, analítica, fuertemente inspirada en la filosofía política e histórica, para caer en una visión sesgada de la realidad, poco crítica y teórica y ontológicamente mínimamente elaborada, orientada hacia la realización práctica de la política mundial de Estados Unidos y financiada por grupos privados (empresariales), enfrentados al reto de realización de Estados Unidos como hegemonía mundial, y por sectores gubernamentales.

La nueva ciencia de las relaciones internacionales, de constitución universitaria y socialmente legitimada a través de los institutos, emprendió la solución de los problemas que se le plantearon. Como punto de partida eligió la liberación sin rival histórico de las fuerzas productivas, proceso que empíricamente no se puede negar. Sin embargo, fue interpretado como prueba de que la sociedad industrial representa en principio la realización de todas las posibilidades humanas.²¹

Este hecho repercutió en un crecimiento numéricamente impresionante de las investigaciones en Relaciones Internacionales y en la gestación de la contradicción que hasta la fecha domina la construcción disciplinaria: la elaboración teórica en relaciones internacionales ha sido desarrollada casi exclusivamente en un sólo país (Estados Unidos), que al asumir la forma de hegemonismo teórico y conceptual implica la imposición de una *visión nacional* a nivel mundial para la comprensión de la problemática *internacional*.

El "Espíritu de la época" en 1990

En el siglo XX el proyecto de modernidad sufrió una serie de alteraciones significativas, debido a la profundización de la industrialización, al desarrollo de las ciencias, al crecimiento urbano, al surgimiento de movimientos sociales, a la apropiación crítica de la cultura del modernismo por los sectores intelectuales y especialmente artísticos de Asia, África y América Latina, al crecimiento irracional del consumismo, de la burocratización y a la sacralización de la tecnología. Todo esto desencadenó la acentuada polarización de las contradicciones y conflictos generados por la modernidad en su desarrollo histórico y en especial bajo la hegemonía estadounidense mundial. La modernidad, a juicio de una influyente corriente de científicos sociales, se trastocó en la opresión del espíritu, en la falsificación del proyecto emancipatorio iluminista (liberal): en la *modernización*.

²¹ Krippendorff, *op. cit.*, p. 291.

El proyecto ilustrado de la emancipación humana queda así frustrado y en su lugar se instala un proceso de incesante racionalización, burocratización y cientifización de la vida social.²²

En gran parte esto explica el hecho de que en la última década del siglo XX la aceleración de la historia sea interpretada en forma dominante como un periodo de agotamiento, de decadencia del orden económico, político y social de la modernidad, lo que no implica ni el fin del capitalismo ni la decadencia de la humanidad sino el fracaso (o por lo menos la crisis) de los grandes discursos de emancipación de la modernidad, tanto en el mundo vital como en el teórico.

En su versión más difundida, apocalíptica y escéptica, este tipo de interpretaciones maneja en forma contradictoria la fascinación por la muerte y una visión idílica de la realidad mundial, que tendería a ser menos conflictiva, más flexible y consensual (despolitizada), al transformarse en una "comunidad" ilimitada (rompiendo así con las injustas estructuras de poder).

Estas interpretaciones son producto de una visión sesgada de la realidad, que subraya los desarrollos significativos en las sociedades altamente desarrolladas occidentales (posindustriales) y en el este europeo e ignora la profundización del desarrollo desigual y de las injusticias sociales en Asia, África y América Latina. La fascinación de Occidente por los cambios de Europa del Este contrasta con la negligencia de las economías capitalistas avanzadas ante la pauperización de amplias zonas del mundo.

En la última década de este siglo resulta indudable el deterioro de la hegemonía estadounidense en la economía mundial, ante el crecimiento y consolidación de las economías europeas y japonesa, aunque Estados Unidos mantiene su predominio político y militar a nivel mundial. Este hecho sobresale como uno de los rasgos distintivos de la crisis global del capitalismo internacional, en el que Estados Unidos enfrenta la defensa de la estabilidad del orden mundial, mientras que otros Estados capitalistas (Europa occidental y Japón principalmente) enfrentan el desarrollo capitalista, en principio con más éxito que Estados Unidos, lo que crea un creciente desequilibrio en una hegemonía mundial que predomina en el campo político-militar e ideológico pero que pierde terreno en el campo económico: si al concluir el siglo pasado la revolución corporativa de Estados Unidos representaba la forma más avanzada del capitalismo a escala mundial, en la última década del siglo XX ha

²² Picó, *op. cit.*, p. 17, *cf.* Berman *op. cit.*, pp. 2-3; Habermas, *Ensayos ...* p. 34.

perdido su papel de vanguardia del desarrollo capitalista, representada ahora en los capitalismo japonés y alemán, aunque en sentido estricto sería difícil sostener que alguno de los nuevos polos se está erigiendo en hegemonía mundial, lo que crea una situación similar a la de 1890, con un naciente y relativo vacío de poder.

La presente década es especialmente conflictiva y difícil de aprehender científicamente. El declive (relativo) del hegemonismo mundial de Estados Unidos se enmarca en el contexto de la crisis histórica del capitalismo, la más profunda y severa de la modernidad. Sería erróneo creer que esa crisis augura el fin del capitalismo, por el contrario éste se recompone a nivel mundial y tiende hacia un cambio estructural, con el nacimiento de una nueva fase y de una nueva estrategia de acumulación *global*.

En la presente coyuntura los círculos intelectuales occidentales suelen enfatizar la existencia de fuerzas favorables a la unión del mundo y el surgimiento de nuevas condiciones tanto internas como internacionales en las economías capitalistas más avanzadas, lo que es calificado de *crisis de las formas socio-políticas* de la modernidad, en especial del Estado liberal y de la democracia del iluminismo, como *crisis de la modernidad* como discurso unificador, globalizante y legitimador.

En esta percepción de la realidad mundial, la "liberación" de las fuerzas del mercado (con Estados reducidos a su mínima expresión) deberá conducir no sólo al fin (¿o simple tregua?) de la Guerra Fría, sino también de las zonas de influencia y a la destrucción de la jerarquía de poder, para dar paso a una realidad interdependiente (asimétrica y desigual). En este contexto difícil emerge el problema nacional, que toma fuerza en diversos países de Asia, África, América Latina y de Europa del Este. Pero ¿es éste un arcaísmo? ¿corresponde a un liberalismo iluminista en crisis?

En el periodo de la posguerra, bajo la hegemonía estadounidense, los movimientos nacionalistas fueron por lo general identificados con la Unión Soviética y satanizados como desestabilizadores del orden mundial, contrarios al capitalismo. La irrupción violenta del problema nacional en el este europeo y en la URSS es vista a través de otro lente por los centros de investigación occidental, pero su lectura sigue siendo confusa, sobre todo ante el acercamiento de los gobiernos de la Unión Soviética y de Estados Unidos.

La amistad iniciada en los últimos años de la administración Reagan y continuada por Bush entre la Casa Blanca y el Kremlin ha sido calificada como el síntoma inequívoco de la "muerte" de la Guerra Fría, expresión que en amplias zonas periféricas (en especial en Cuba, Centroamérica y África) significa

únicamente el descongelamiento de las relaciones entre las dos grandes superpotencias y el "retiro" del apoyo (aunque sólo fuese verbal) de la Unión Soviética a los movimientos populares, nacionalistas y revolucionarios en zonas de capitalismo dependiente. Este hecho, por lo tanto, no implica, al menos por el momento, el surgimiento de un mundo más flexible, tolerante de las diferencias y armónico, sino que plantea un nivel más amplio de realización de la influencia política e ideológica de Estados Unidos, con una acentuada intolerancia ante los movimientos que persisten en ser disidentes al interior del hegemonismo occidental, lo que equivale a la clausura de toda opción política distinta a la dominante.

La crisis del discurso legitimador de la modernidad

En los últimos años, el capitalismo internacional, como proceso socio-histórico, ha registrado dos grandes periodos de cambio, que han repercutido en la agenda de investigación de las Relaciones Internacionales:

- De 1945/48 a 1968/73 registró una *fase ascendente*, con una amplia transnacionalización del capital a escala mundial, lo que significó cambios de naturaleza cualitativamente diferente en el proceso de acumulación de capital y en el crecimiento económico. En las economías industrializadas occidentales, el desarrollo sin precedentes de las corporaciones privadas (compañías transnacionales) propició Estados y mercados nacionales fuertes. Con la integración del mercado capitalista mundial se acentuó el desarrollo desigual inherente al capitalismo, con la concentración de las industrias de punta en áreas de alto desarrollo capitalista, en una estructura bipolar dominada por la existencia de dos grandes bloques de poder, encabezados por dos superpotencias antagónicas. Este periodo de la posguerra es conocido como *capitalismo tardío* o *imperialismo tardío*.

La segunda guerra mundial, expresión nítida de las contradicciones interimperialistas, cumplió a su manera la función de crisis devastadora del capital, *recompone un nuevo sistema de hegemonía* y de alianzas nacionales entre los estados capitalistas desarrollados, sienta las bases de una nueva relación entre los países centrales y un mundo colonial en desintegración que se abre paso a través de una lucha política de liberación nacional, y, con ello, se abre

un nuevo ciclo económico de recuperación y pujante expansión.²³

— De 1968/73 a la fecha el capitalismo internacional vive una profunda crisis,²⁴ con la agudización cualitativa de las contradicciones internas. Esta crisis constituye un periodo histórico específico, con rasgos claramente distintivos, pero inmersa en el marco histórico del desarrollo capitalista, que define e identifica su esencia.

En los medios académicos y políticos existe el acuerdo de que el capitalismo atraviesa por una de las más severas crisis de su historia, que ésta tiene como particularidad ser de largo plazo y que su inicio lo podemos ubicar a fines de los sesenta, con la quiebra del sistema monetario internacional establecido en Bretton Woods. Difícilmente puede exagerarse la profundidad de la crisis, sobre todo si reparamos en que afecta el funcionamiento del sistema tanto en sus aspectos productivos como comerciales, financieros y monetarios, las políticas económicas y sociales de los Estados, así como las relaciones entre países capitalistas desarrollados y subdesarrollados y entre el socialismo y el capitalismo.²⁵

En la crisis actual inciden en un proceso complejo un periodo histórico depresivo, de duración irregular que se origina en las contradicciones inherentes al propio desarrollo del capitalismo, con el declive (relativo) de la hegemonía de Estados Unidos a nivel mundial y con la emergencia de nuevos procesos de recomposición del capitalismo, entre los que destacan esquemas ambiciosos de integración económica.

La crisis ... regenera las bases para una nueva expansión del capital: tal es su función capitalista. Desde este punto de vista, siempre implica 'mutación de las premisas de la valorización': introducción de nuevas tecnologías, cambios en el proceso de trabajo

²³ López Díaz (coord), *La crisis del capitalismo, teoría y práctica*. México, Siglo XXI, 1987, pp. 21-22, *cf.* Silva Michelena, *Política y bloques de poder*. México, Siglo XXI; I. Cid y P. González "La formación económico social capitalista internacional", *Relaciones Internacionales*, núm. 31, 1984, pp. 101-111; Krippendorff *op. cit.*

²⁴ *Cf.*, Mandel, E., *Las ondas largas del desarrollo capitalista*. Madrid, Siglo XXI, 1986; López Díaz *op. cit.*; G. Abella, "Notas sobre la crisis del capitalismo", *Relaciones Internacionales*, núm. 41, 1988, pp. 5-14; O. Cacho Ortiz, "El sistema capitalista en la presente década", *Relaciones Internacionales*, núm. 41, 1988, pp. 15-22; O. Caputo Leiva y G. Galarce Villavicencio, "Profundización del desarrollo desigual en los principales países del sistema capitalista mundial en las relaciones económicas internacionales", *Relaciones internacionales*, núm. 42-43, 1988, pp. 47-54.

²⁵ Bernal S. V. M. y Márquez M. A. *La nueva división mundial del trabajo*. México, UNAM, *Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas*, 1985, pp. 23-24.

y producción, concentración y centralización del capital, ... cambios en la división del trabajo a distintos niveles, nuevas formas de intervención estatal ...

Frente a la crisis, la burguesía intenta reestructurar el capital, relanzar la economía, recuperar su poder económico y, en consecuencia, recrear su poder político.²⁶

La crisis empezó a ser percibida como tal en la década de 1970, manifestándose en aspectos materiales muy concretos, en fenómenos económicos que se convirtieron en expresiones concentradas de la crisis: el crecimiento lento en los países capitalistas desarrollados, la "crisis energética" y la crisis del endeudamiento externo. Sin embargo, el primer gran síntoma, el primer proceso cualitativo de fractura del sistema capitalista fue el estallido en 1968 de movimientos juveniles (sobre todo universitarios) realizados a escala mundial y que fueron interpretados como un fenómeno coyuntural, sin trascendencia, sin reparar en que el sentido de la protesta, dirigida en contra de los excesos de la sociedad de consumo y de una cultura institucionalizada cerrada y rígida, tenía como núcleo un profundo cuestionamiento al objetivo último de la modernidad, a la naturaleza de la misma.

Los movimientos estudiantiles de 1968 fueron hechos singulares, sin antecedentes en la historia, en los cuales emergieron los aspectos más distintivos tanto del periodo de crisis como de las tendencias dominantes hacia la recomposición del capitalismo:

- la realización a nivel *mundial* de los procesos trascendentes,
- la tendencia *globalizante* en los procesos, con la compleja imbricación e interdependencia de los factores económicos, políticos, sociales, culturales, tecnológicos y ecológicos,
- la intensificación y condensación de procesos, conflictos y contradicciones en un lapso de tiempo muy breve (aceleración de la historia),
- la emergencia de fenómenos y procesos percibidos como singulares (únicos) y cualitativamente nuevos (sin precedente),
- la *mundialización* y *globalización* se traducen en fuerzas tendientes hacia la desestructuración del sistema internacional, para dar paso a una dinámica mundial convulsionada, despolitizada (movida por resortes económicos) y desarticulada,
- el declive (relativo) de la hegemonía de Estados Unidos a nivel mundial,

²⁶ Spagnolo, A. "Algunas interpretaciones en la discusión contemporánea en torno a la crisis del capitalismo" en López Díaz, *op. cit.*, p. 110.

- la descomposición social, económica, política y cultural de las sociedades occidentales altamente industrializadas, descomposición que se expresa en:
 - crisis del razonamiento occidental
 - crisis de las teorías sociales modernas
 - crisis del Estado liberal en economías desarrolladas
 - crisis de los modelos de capitalismo dependiente
 - crisis (agotamiento) de alternativas políticas
- la *conciencia generalizada*, aunque difusa y ambivalente, de estar viviendo un profundo *cambio epocal*. Esta ambivalencia es más notable en el terreno de la teoría social, que la expresa en:
 - la relación presente-pasado y presente-futuro,
 - en la percepción de las relaciones internacionales y del futuro de la humanidad, al integrar en forma simultánea:
 - + visiones triunfalistas de la economía de mercado junto con el
 - + agotamiento de la razón *moderna*
 - + tendencias hacia la fragmentación (“atomización de la realidad en múltiples diferencias”) y
 - + tendencias hacia el aglutinamiento (*globalización*).

Las visiones triunfalistas definen al capitalismo como el único proceso socio-histórico *posible*, con una tendencia ascendente hacia la economía de mercado y la democracia occidental (moderna), que atestigua tanto el “derrumbe” del socialismo real como la “muerte” del socialismo como proyecto emancipatorio viable. Sin embargo ese triunfalismo está preñado por el pesimismo, por una conciencia del agotamiento del razonamiento occidental y por la decadencia del proyecto de modernidad que en su versión dominante es capitalista (liberalismo iluminista), al tiempo que invalida cualquier proyecto alternativo para el futuro de la humanidad.

La crisis del razonamiento occidental en 1968 se expresó en consignas que parecían subrealistas, hipercríticas e *irracionales* en un gesto apocalíptico, tales como “derecho a la diferencia”, “prohibido prohibir”, “práctica la poesía” y “fin (muerte) del arte”.²⁷ 1968 se convirtió en un parteaguas, en la primera “sacudida” de la cultura occidental, al articular una profunda insatisfacción ante la impoten-

cia del proyecto emancipatorio del iluminismo con una conciencia confusa y vaga del agotamiento del discurso unificador y legitimador de la modernidad, como la “crisis de legitimación” del capitalismo tardío, como un intento desesperado de búsqueda de raíces, de historia y de identidad.

Tras el fracaso de la revuelta estudiantil de 1968 surgieron las primeras voces de la decadencia y del desencanto: la “nueva filosofía” francesa inauguró un nuevo clima, con un tono apocalíptico de escepticismo y de irracionalidad en círculos intelectuales occidentales, con un nuevo impulso al discurso conservador renovado, inmerso en la crisis cultural y de identidad política de Occidente. Fue ese el despeque del posmodernismo, como respuesta del “espíritu de un sector de la intelectualidad occidental traumatizada por las decepciones de 1968”.²⁸

La posmodernidad: “una arquitectura sin arquitectos”

“... La condición del saber en las sociedades más desarrolladas ... (la) condición “posmoderna” ... designa el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas de juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX.

El recurso a los grandes relatos está excluido; no se podría, pues, recurrir ni a la dialéctica del Espíritu ni tampoco a la emancipación de la humanidad para dar validez al discurso científico postmoderno”

J.F. Lyotard

“El momento de la postmodernidad es una especie de explosión de la *épisteme* moderna, explosión en la que la razón y su sujeto —como guardián de la “unidad” y del “todo”— saltan hechos pedazos”

A. Wellmer

“... habrá tantas formas diferentes de posmodernidad como existieron modernismos plenos en su lugar apropiado, ya que los primeros son al menos reacciones inicialmente específicas y locales *contra* esos modelos”

F. Jameson

“Tal vez la mejor manera de concebir el posmodernismo sea, pues, la de considerarlo como un conflicto de modos nuevos y antiguos, culturales y económicos, el uno enteramente autónomo, el otro no del todo determinativo y de los intereses invertidos en ello”

H. Foster

“La conciencia postmoderna parece haber perdido la capacidad de imaginar ‘otro estado de ser’, con su fuerza explosiva. ¿Cómo y por qué, podríamos preguntarnos, el terrorismo, las amenazas y, más ampliamente la disuasión nuclear conservan

²⁷ Cfr., Roberts, D., “Marat/Sade, o el nacimiento de la postmodernidad a partir del espíritu de la vanguardia” en Picó *op. cit.*, pp. 165 y ss; Berman *op. cit.*, pp. 17-22; Fraser, “Postestructuralismo y política. Los discípulos franceses de J. Derrida”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1983, pp. 1209-1229.

²⁸ Callinicos, A., “¿Postmodernidad, posestructuralismo, posmarxismo?” en Picó *op. cit.*, p. 289; cfr. Fraser *op. cit.*, pp. 1211 y ss.

aún una fascinación específicamente estética en nuestra era?"

K. Scherpe²⁹

Desde el punto de vista científico, el discurso posmoderno es la renuncia a interpretaciones universales, a visiones de totalidad y a la *utopía*; es un pensamiento en el que predominan las formas críticas carentes de *sujetos sociales*, una cierta fascinación por la muerte (apocalipsis) y que plantea la legitimación en nuevos términos.

Probablemente uno de los pocos rasgos que identifica entre sí a los teóricos de la *posmodernidad*³⁰ es la unanimidad del rechazo al camino dejado atrás.³¹ El discurso posmoderno se extiende hoy a los campos artístico, cultural, ético y científico, se expresa en los niveles filosófico, epistemológico, socio-político y estético y desde el punto de vista metodológico es ecléctico, fragmentario y multi-forme.

Esta amplia gama de posibilidades de comprensión y aplicación del posmodernismo, que no tiene ni una definición única ni una delimitación conceptual precisa, lo convierte en un término "esquivo",³² no exento de ambigüedades y cuyos orígenes difícilmente pueden ser situados. Tomando en cuenta lo anterior, sin pretender un seguimiento riguroso, con fines explicativos pueden distinguirse en la conformación del discurso posmoderno la fusión ambigua de tres grandes ejes, que de una u otra forma traducen la crisis de la cultura occidental:

— el vanguardismo literario de Estados Unidos de los años 50 (conservador),

- el vanguardismo cultural (de protesta) de Europa, que data de los años 30 y que maduró en los movimientos juveniles del 68,
- los nuevos desarrollos teóricos europeos, conocidos como la nueva filosofía euro-continental, en especial:

- el posestructuralismo francés
- la Teoría Crítica alemana
- el posmarxismo
- la Filosofía posdialéctica
- el desconstruccionismo francés

En la década de 1950 el término posmoderno empezó a tomar fuerza en Estados Unidos para designar en forma imprecisa diversas variantes de la modernidad tardía, en especial en la literatura (narrativa y crítica literaria), por lo general asociadas con expresiones vanguardistas y con una connotación de moda, como aquella literatura que se adelantaba a lo que en ese momento era la moda literaria. Desde sus orígenes, en el terreno literario, el término *posmoderno* tuvo una fuerte carga neoconservadora y apocalíptica, con el predominio de la llamada literatura del agotamiento, con énfasis y cierta fascinación por lo caduco y por la muerte.

Poco después el término posmoderno inició un rápido proceso de expansión hacia otras formas artísticas y culturales, con una tendencia integradora de diversas formas de arte en una sola manifestación. En Europa, la posmodernidad surgió como un intento de crítica a la cultura rígida, solemne y cerrada.

En los años 70, el posmodernismo creció a otros terrenos disciplinarios y en la arquitectura dicho término se distanció en forma radical de la connotación de moda y asumió claramente el carácter de consigna política, al ser retomado por dos sectores opuestos: el de los neoconservadores y el de los críticos del crecimiento.

Los movimientos vanguardistas de protesta cultural en Europa tenían añejas raíces y en los años 50 y 60 acentuaron su crítica a la deformación de las expresiones culturales, convertidas en mercancías, y a la institucionalización acartonada de la cultura, como una incipiente forma de cuestionar la falsificación del proyecto de modernidad, pero esos movimientos vanguardistas carecían de una visión política consciente y siempre fue confusa su posible transformación en una cultura alternativa. Cuando se apropiaron de este vanguardismo sectores posmodernos norteamericanos (finales de los 60), este movimiento perdió toda posibilidad de crítica.

Los trabajos de Daniel Bell, en torno a la sociedad posindustrial, marcaron la transición disciplinaria en Estados Unidos del término posmoderno al terreno socio-político. Sin embargo fue la apropiación nor-

²⁹ Las citas corresponden a: J.F. Lyotard, *La condición postmoderna*. Madrid, Cátedra, 1987, pp. 9 y 109; A. Wellmer, "La dialéctica de la modernidad y la postmodernidad" en Picó *op. cit.*, p. 105; F. Jameson, "Posmodernismo y sociedad de consumo" en Foster, Habermas, Baudrillard, *op. cit.*, p. 166; Foster, "introducción al postmodernismo" en Foster, Habermas, Baudrillard, *op. cit.*, p. 11 y K. Scherpe, "Dramatización y des-dramatización de "el fin"; la conciencia apocalíptica de la modernidad y la postmodernidad" en Picó *op. cit.*, p. 351.

³⁰ La bibliografía sobre la postmodernidad es compleja y sobre todo muy numerosa. Para este trabajo se tomó *in extenso*: J.F. Lyotard *op. cit.*; Picó, *op. cit.*; Berman *op. cit.*; Foster, Habermas, Baudrillard *op. cit.*; Habermas, *Ensayos ...*; H. Dreyfus y P. Rabinow, *Michel Foucault; más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. México UNAM, IIS, 1988; A. Giddens, *A contemporary critique of historical Materialism*. Londres, MacMillan, 1981; D. Bell, *The coming of Post-Industrial Society*. Nueva York, Basic Books, 1973; Vattimo *op. cit.*; A. Heller, "Las ciencias sociales y la conciencia de la era moderna", *Mundo*, núm. 10, 1989, pp. 13-16; F. Geher, "El mundo postmoderno: ni sacralización del arte ni política redentora", *Mundo*, núm. 10, 1989, pp. 40-41; G.E. Rusconi, *Problemas de teoría política*. México, IIS, UNAM, Cuadernos de Teoría política núm. 2, 1985.

³¹ Cfr., Picó, *op. cit.*, p. 14.

³² Cfr., Wellmer, *op. cit.*, p. 103.

teamericana, con un sentido político conservador, de la llamada Nueva Filosofía euro-continental que el posmodernismo invadió el campo de la reflexión filosófica y de las ciencias sociales en general y conquistó a los círculos intelectuales en todos los países altamente desarrollados, para convertirse en una categoría global articuladora del discurso teórico que pretende designar las formas específicas y singulares del mundo contemporáneo en las sociedades posindustriales, informatizadas, desde el arte hasta la ciencia.

Hoy en día existe una amplia gama de movimientos y corrientes que utilizan el prefijo *post* para establecer una diferencia entre el presente y el pasado, cuyo sentido varía enormemente, desde la reproducción de una forma de vida pasada (posindustrial) hasta la superación del pasado, pasando por la complementación del orden antes vigente (posestructuralismo) la forma radicalizada del pasado y el fin ("muerte") del proyecto histórico de la modernidad.

Si bien el sentido del distanciamiento con el pasado no identifica a estos movimientos, sin embargo es el deseo de marcar ese distanciamiento, como un cierto grado de ruptura entre el pasado y presente, como una experiencia de discontinuidad frente a una conciencia antes aceptada, lo que define e identifica a este tipo de movimientos posmodernos³³

La modernidad ha sido un proceso histórico específico, mientras que la posmodernidad es básicamente un discurso que propone nuevos términos de legitimación, es un proyecto de sociedad, sin que exista aún una "praxis posmoderna".³⁴ Como discurso, la posmodernidad es una "mentalidad de indiferencia",³⁵ es la fascinación por la muerte, es ante todo negación:

- negación de la utopía (de cualquier proyecto de emancipación),
- negación de la razón occidental como principio de legitimación del conocimiento,
- negación de la interpretación de la historia como un proceso progresivo, lineal y ascendente, basado en un desarrollo sin límites. Al exaltar el presente, la posmodernidad niega el futuro,
- negación de la capacidad transformadora del hombre (negación del sujeto).

³³ Cfr., Habermas, *Ensayos ...* pp. 11-13.

³⁴ Aunque hay autores, como A. Sánchez Vázquez, que opinan que a pesar de todo la postmodernidad es una realidad, por lo general se considera que es más proyecto que realidad. Esta es la posición que compartimos, sin ignorar el gran peso que tiene dicho discurso en la realidad concreta. Cfr. Wellmer *op. cit.*, p. 138.

³⁵ Scherpe, K., *op. cit.*, p. 376.

Los enfoques posmodernos

El posmodernismo es por lo general vinculado con la sociología neoconservadora norteamericana y con los nuevos desarrollos teóricos europeos, en especial con el posestructuralismo, la filosofía posanalítica, el deconstruccionismo, el posmarxismo y la Escuela de Frankfurt y son considerados como posmodernistas pensadores que rehazan con vehemencia dicho término (por ejemplo Habermas y Berman), pero que son considerados como tales en la medida en que toman como núcleo de su reflexión a la condición específica que experimentan hoy en día las ciencias, las artes y la cultura en las sociedades altamente industrializadas (condición posmoderna) y además que comparten con los posmodernos la descripción de tal condición y el rechazo al positivismo, al empiricismo, a la sociedad de consumo y a la tecnología, aunque discrepan en cuanto a la valoración de la condición posmoderna. Este hecho ahonda las confusiones reduccionistas.

A grandes rasgos pueden distinguirse dos grandes corrientes en el posmodernismo, cada una comprende una amplia variedad de esquemas que a veces presentan muy pocas diferencias entre las dos corrientes, pero que registran grandes polémicas entre destacados pensadores, polémicas que se centran en aspectos no necesariamente relevantes. Estas corrientes son:

— Posmodernidad "vanguardista" o "radical", incluye:

— *posmodernidad afirmativa*, también llamada "de resistencia". Está identificada con el posestructuralismo, el deconstruccionismo y el posmarxismo. Considera que la crisis de la modernidad abre una alternativa positiva para la ruptura radical del "subjetivismo", al margen de lo político, sin vinculación alguna con los viejos (obsoletos) ideales humanistas (marxistas y no marxistas) y por lo tanto sin elaborar un nuevo discurso emancipatorio ("muerte de la utopía"). Se declara apolítica.

— *modernidad radicalizada*, especialmente influida por la Teoría Crítica alemana, por lo general niega el término posmoderno, pero su núcleo central es la percepción del momento actual como una crisis de los discursos emancipatorios (marxista y no-marxista), crisis que sin embargo no invalida ni la fundamentación teórica de la modernidad ni algunos logros simbólicos de la misma, en especial plantea la necesidad de mantener viva alguna forma de utopía y el compromiso político.³⁶

³⁶ Existe una gran polémica entre Lyotard (máximo exponente de la postmodernidad afirmativa) y Habermas (representante de la modernidad radicalizada), autor que critica a postmarxistas, como Lyotard y Derrida, además de Foucault por su apoliticidad y por su discurso neoconservador.

- *posmodernidad* neoconservadora, se basa en una apropiación política conservadora y autoritaria de la Filosofía eurocontinental *posmoderna* busca corregir (disimular) los errores de la modernidad y continuar con el proyecto inconcluso de *modernización*. Rechaza todas las aspiraciones del humanismo iluminista y sobre todo niega en forma rotunda la *utopía* (tanto liberal como socialista) y cualquier forma de compromiso (teórico y político).

Estas corrientes posmodernistas pretenden crear nuevas formas de pensamiento, como una *ruptura radical con las formas vitales y teóricas del pasado* rechazan los fundamentos de las ciencias sociales. Los presupuestos del *posmodernismo* son:

- la exaltación del presente,
- aunque no todos los enfoques aceptan explícitamente una visión apocalíptica, comparten:
 - un alto grado de escepticismo frente al futuro de la humanidad y
 - un sentido de decadencia (agotamiento) del proyecto histórico de la modernidad
- la crisis de los discursos emancipatorios de la modernidad (marxistas y no-marxistas), que comprende:
 - planteamientos de nuevas aspiraciones legitimadoras y
 - renuncia a interpretaciones universales
- identificación conflictiva con el pasado, en una ambigua relación con otra época (con la modernidad),
- rechazo a categorías conceptuales y analíticas del razonamiento occidental y de la teoría social, tales como praxis, totalidad, estructura, jerarquía, concepto, superación e interpretación *unívoca*,
- acentuado desinterés teórico-metodológico por la situación en países con desarrollo dependiente capitalista,
- planteamiento de nuevos ejes (*nociones*) para captar los rasgos específicos y singulares del presente (con escasa o nula reflexión teórica), entre esos ejes destacan:
 - comunidad (anarquía)
 - cotidianidad
 - pluralismo
- fragmentación del discurso racional occidental. (unitario),
- énfasis en lo semántico (lenguaje) y en la descripción de las cosas tal y como suceden,

en detrimento de lo social. Estas nuevas formas de pensamiento cubren una amplia gama de construcciones intelectuales, casi siempre con un vocabulario sofisticado de difícil comprensión, plagado de neologismos, de términos híbridos y términos viejos con un contenido nuevo. En la versión dominante, estas construcciones se articulan en torno a una cierta nostalgia por el pasado, con la propuesta de restauración (continuación) de la tradición autoritaria, con exclusión del pensamiento crítico, tesis que corresponden al discurso renovado del conservadurismo.

En este nivel, la coexistencia con corrientes autodenominadas de izquierda, que recurren a un lenguaje de crítica sin plantear alternativas y que renuncian al ideal de emancipación, hace más confuso el panorama teórico, sobre todo si se toma en cuenta que estas elaboraciones van desde la posición llamada de "resistencia paciente" que evita la "contaminación" con la lucha política frente a las teorías dominantes y frente al *statu quo*, hasta elaboraciones que se autodefinen como vanguardistas y que en ambos casos no hacen un cuestionamiento global al capitalismo como proceso socio-histórico, se declaran "apolíticas", no buscan construir una alternativa y se autolimitan a la crítica del pasado, en una feroz batalla por negar lo antes válido.

Entre los aspectos más polémicos del discurso posmoderno, con gran peso en las relaciones internacionales, pueden citarse su sentido de decadencia, su política conservadora y su carácter voluntariamente descriptivo, ambivalente y superficial. Pero sin lugar a dudas sus mayores errores son la clausura de una alternativa, su renuncia al compromiso (incluso al compromiso teórico) y sobre todo la falta de una teoría coherente y clara de los sujetos sociales capaces de transformarse a sí mismos y a la realidad, lo que se traduce en su "apoliticidad".

Es importante subrayar que la corriente con mayor influencia en las Relaciones Internacionales es la derivada de la Filosofía euro-continental posmoderna (fuertemente escéptica y neoconservadora).

Las ciencias sociales posmodernas

La modernidad, como discurso unificador y legitimador del capitalismo, estaba orgánicamente unido a la existencia de un mercado capitalista mundial y a las necesidades político-ideológicas de su seguridad. De igual forma, el discurso posmoderno no surgió de la nada, expresa una tendencia ideológica dominante, con una nueva lógica científico-cultural y mantiene una correspondencia

dialéctica con las tendencias básicas del desarrollo económico: inserto en un contexto de crisis orgánica del capitalismo, como tendencia ideológica dominante se nutre en la no-racionalidad, el misticismo y el escepticismo pero al mismo tiempo expresa las tendencias complejas de reestructuración mundial, con el surgimiento en aquellas sociedades altamente desarrolladas del llamado capitalismo *superindustrial*, con esquema económicos fuertemente interdependientes con los factores sociales, políticos, tecnológicos y físicos y que exige la creación de mercados integrados a escala regional (con la desarticulación de los mercados *nacionales*).

En el plano mundial, la tendencia hacia la conformación de un espacio *transnacional* está asociada con la emergencia de una nueva forma de hegemonía, compartida entre Estados Unidos, la Europa comunitaria y Japón, ante el declive norteamericano en el terreno económico pero con su creciente predominio ideológico y militar en la escena internacional.

En la década de 1970 empezaron a ser nítidamente percibidas las amenazas globales que enfrenta hoy cualquier persona, sin importar país o región, pero que además escapan a la acción del Estado: el hambre, la crisis ecológica, la explosión demográfica, el armamentismo, la propia crisis orgánica del sistema, pero en especial el riesgo de una guerra nuclear, lo que desencadenó un profundo malestar social, que se reflejó en nuevas visiones apocalípticas, del fin de la humanidad, de desesperación y de decadencia de los ideales humanistas, ante la imposibilidad para enfrentar *globalmente* tales amenazas y ante la manifiesta incapacidad para encontrar soluciones individuales (de Estados en forma aislada) para la crisis.

El riesgo de desesperación de la humanidad no sólo convertía en un esfuerzo inútil cualquier elaboración teórica articulada en torno a una *utopía* (liberal o socialista), sino que además originó la desdramatización del fin y el apocalipsis dejó de ser temido para convertirse en fascinante.³⁷

La teoría social incorporó en su seno la conciencia escatológica del apocalipsis, se volvió una teoría en crisis dominada por el pensamiento *posmoderno* escéptico, fragmentario y enfocado a lo superficial, a la búsqueda de verdades transhistóricas.

Las ciencias sociales posmodernas parten de esta crisis y califican de arbitrarios y sin sentido los principios metodológicos básicos de la ciencia moderna (clasificación, construcción de categorías, verificar, descubrir regularidades para extraer conclusiones-generalizaciones).

Rechaza las verdades universales y de totalidad ("violencia de la razón totalizante") y la búsqueda de la esencia de los fenómenos. En este sentido, la ciencia social posmoderna no tiene pretensiones de síntesis ni de superación del conocimiento existente, sino que proclama la necesidad de desarticularlo (desestructurarlo) en forma continua, interminable, con la fragmentación del discurso de totalidad (las diferencias vs. la totalidad). Los dos instrumentos metodológicos más usuales en el discurso posmoderno son la forma anti-científica de interpretación y la deconstrucción. Esta última es la más usual en Relaciones Internacionales.

La producción intelectual posmoderna es fluida, heterogénea y difícil de aprehender. El análisis no tiene como objetivo descubrir la esencia, sino *situar* significantes (interpretaciones múltiples y plurales) y se centra en lo accidental, en las fronteras, en la exaltación de las diferencias que niegan cualquier principio totalizante. No hay una sola realidad, sino múltiples realidades complejas (diferencias) no estructuradas y sin órdenes jerárquicos internos ("unidad no violenta de lo múltiple"³⁸), en las cuales los acontecimientos (denominados *textos*) son únicos, específicos e irrepetibles y no pueden ser objeto de una sola interpretación, sino de múltiples interpretaciones, lo que invalida toda posibilidad de predicción, de comparación y de verificación.

El presente (sin futuro) y percibido en forma fragmentaria se reproduce a sí mismo (fuerzas de mercado), está caracterizado por el fenómeno de *indeterminencia*, o sea por una constante indeterminación inherente al propio momento, que se traduce en un saber también indeterminado.

Ante la imposibilidad de establecer una dicotomía entre los hechos y sus valoraciones, el análisis posmoderno pone el énfasis en el lenguaje (descuidando la realidad social en la que suceden los acontecimientos) y en la interpretación emanada de la intuición, de los sentimientos y no de la razón. En este contexto no puede haber una sola interpretación, sino tantas interpretaciones como "lectores" pueda haber.

En su versión más radical, el posmodernismo desconoce la validez de la teoría, de la representación y de la idea de verdad, a las que califica de "terrorismo teórico", "cárcel del espíritu" que busca aniquilar las diferencias. Los pensadores que aceptan la elaboración de teorías consideran que ésta constituye una *conciencia estética*, un conjunto de significantes no sistemáticos, flexibles y multipolares. Sostienen que ante el empobrecimiento del potencial crítico de la modernidad surge un

³⁷ K. Scherpe *op. cit.*, p. 352.

³⁸ La expresión es de Adorno, *cit. pos.* Wellemer *op. cit.*, p. 106.

fenómeno único representado por la transformación de la teoría social y la discusión socio-crítica en una nueva *conciencia estética*, o al menos de unos valores estéticos, en particular en el fascinante poder de "indiferencia" ... Es precisamente la realidad abstracta del potencial destructivo de las armas nucleares, que crea una realidad totalmente concreta, a saber, la de la amenaza, lo que continúa aparentemente fascinando a la conciencia estética.³⁹

El conocimiento, según el posmodernismo, no expresa una realidad, solamente refleja un lenguaje (símbolos) y su objetivo es *describir* los límites de los fenómenos, sus diferencias, sus inconsistencias y contradicciones sin plantear la posibilidad de transformación del presente. Estos análisis se ubican en las nociones de cotidianidad (lenguaje cotidiano ligado a formas de vida), inscrita en comunidades fragmentarias, en las que los acontecimientos suceden sin la intervención volitiva de *sujetos sociales*. Este tipo de análisis no parte del *sujeto* sino de un objeto fragmentario (las realidades en forma separada, lo particular) y

el sujeto sólo existe en un 'juego de lenguaje' específico, en un lenguaje cuya gramática es la de los intercambios dialécticos con la naturaleza ... el sujeto deja de ser base y centro.⁴⁰

Esta forma de comprensión de la condición posmoderna es el principal punto de diferenciación y de conflicto al interior de las corrientes posmodernas, con el debate entre la versión dominante (afirmativa y neoconservadora) y la modernidad radicalizada, ésta última rechaza esta valoración de la condición posmoderna como una "construcción anónima", como una "arquitectura sin arquitectos".⁴¹

El carácter descriptivo, superficial y decadente del pensamiento posmoderno, con el predominio de la crítica y el registro de las cosas tal y como son, enfocado a las sociedades *posindustriales*, sin una alternativa, sin una *utopía*, vuelve inútil cualquier esfuerzo, inhibe la comprensión coherente de la realidad mundial contemporánea y disminuye la centralidad de la reflexión filosófica en las ciencias sociales.

La teoría social posmoderna en Relaciones Internacionales

Tomando en cuenta lo hasta aquí dicho, podría pensarse a primera vista que las relaciones inter-

³⁹ Scherpe, K., *op. cit.*, p. 351.

⁴⁰ Raullet, G., "De la modernidad como calle de dirección única a la postmodernidad como callejón sin salida" en Picó *op. cit.*, p. 337.

⁴¹ Estas expresiones son de Habermas, *Ensayos ...* p. 28.

nacionales y la posmodernidad son teóricamente incompatibles, opuestos. Un amplio sector de estudiosos de este campo disciplinario expresan un gran desinterés por la teoría social posmoderna en relaciones internacionales, por que consideran que este discurso no tiene validez teórica y el término carece de utilidad conceptual. Sin embargo la posmodernidad está en el centro del debate de la teoría social occidental en general y en la teorización en relaciones internacionales en particular y es cada vez mayor la influencia que ejerce dicho discurso en los centros occidentales de producción intelectual y conquista a pasos acelerados los círculos políticos y académicos de América Latina.

La aplicación del posmodernismo a las relaciones internacionales presenta múltiples dificultades, que abarcan no sólo la adopción de un vocabulario totalmente nuevo, sino fundamentalmente un cambio radical en la forma de concebir la naturaleza de la realidad internacional y la función de la reflexión científica (como ciencia social), significaría un replanteamiento global de las Relaciones Internacionales.

El posmodernismo no es una crítica a las teorías en relaciones internacionales en base a cuestiones metodológicas o normativas, como sucedió en los llamados debates disciplinarios en relaciones internacionales registrados especialmente en Estados Unidos, el nuevo discurso es un rechazo a la fundamentación de esta disciplina científica y a la forma de comprender el mundo contemporáneo.

La penetración del discurso posmoderno en los paradigmas teóricos de las relaciones internacionales empezó a ser notable a finales de la década pasada, aunque sus huellas en este campo pueden ser rastreadas desde principios de los 80. A grandes rasgos, esta penetración tiene dos vertientes:

- los nuevos desarrollos teóricos en relaciones internacionales que cubren una amplia variedad de esquemas, algunos globalistas, otros mundialistas, otros de la teoría de los regímenes y que no usan ni el término posmoderno ni la terminología *strictu sensu* que caracteriza a dicho discurso en el plano teórico, pero que lo reproducen en lo esencial,
- las relaciones internacionales posmodernas, formadas por corrientes aun marginales que abiertamente se autodefinen como posmodernas y que por lo general parten de la filosofía eurocontinental y de la deconstrucción.⁴²

⁴² Recurrimos a la forma más usual de traducir este neologismo, acuñado por el francés Jacques Derrida (*déconstruction*) y que ha pasado casi literalmente al español, al italiano y al inglés, aunque en este último idioma podría ser traducido como *unmaking* en gran parte de la bibliografía se utiliza *deconstruction*; *cf.* Fraser *op. cit.*, p. 1211 y ss; Picó, *op. cit.*, p. 18; Callinicos, *op. cit.*, p. 289 y ss.

En relaciones internacionales el posmodernismo tiende a adaptarse en forma extraña y compleja, produciendo elaboraciones híbridas, esencialmente identificadas con el discurso neoconservador, en especial en cuanto a:

- la exaltación del presente (el capitalismo con equilibrio autoregulado, capaz de controlar sus crisis)
- la obsolescencia de los actores internacionales y de la estructura internacional,
- énfasis en factores y fuerzas *transnacionales* (sin sujetos sociales),
- el rechazo a todo proyecto de emancipación,
- el rechazo a la democracia participativa,
- el rechazo a las categorías jerárquicas dicotómicas,
- ausencia de un orden político en la dinámica mundial,
- cierto escepticismo y sentido de agotamiento,
- rechazo a teorías que manejan una visión de totalidad (marxistas y no-marxistas),
- planteamiento de nuevos ejes para captar los rasgos específicos y singulares del presente,
- desinterés teórico-metodológico por situaciones que no corresponden a las tendencias dominantes de *globalización* y *mundialización*.

Conclusiones

Entre los estudiosos de las relaciones internacionales en México se expresa un relativo desdén por abordar el análisis crítico del discurso posmoderno y argumentan que este discurso es influyente en distintos campos científicos y artísticos pero no en las Relaciones Internacionales y además su carácter decadente, etnocentrista y neoconservador (en su versión dominante) lo hacen inadecuado a nuestra realidad continental, en base al supuesto de que América Latina estaría al margen de la condición posmoderna.

Sin desconocer la validez relativa de estos argumentos, es urgente abordar en forma crítica el análisis de la teoría social posmoderna en relaciones internacionales para descubrir su verdadero peso en esta disciplina, a partir de la indudable influencia que esta teoría tiene en América Latina.⁴³

⁴³ "Lo que esta propuesta (postmodernista) nos dice, y que nos ha fascinado como latinoamericanos, es que no solamente no existe una contradicción principal, un eje y un plano en torno de los cuales se ordena el resto en sus distintas etapas sino que no hay centro y no hay sentido; es decir que la idea de progreso, de ir hacia algo mejor, superior, es una autoinvención de Occidente ... "S. Zermeño, "La postmodernidad. Una visión desde América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, año L, núm. 3, 1988, pp. 61-62; Cfr. R. Sosa, "El desarrollo de las corrientes contemporáneas de América Latina. Pensamiento y realidad social", *Estudios Latinoamericanos*, vol. IV, núm. 6-7, 1989, pp. 21, 23-25. El análisis de revistas latinoamericanas tanto de carácter científico como de difusión permite apreciar una gran cantidad de artículos sobre este tema, tal es el caso por ejemplo de *Vuelta*, *Mundo*, *Página Uno*, *Estudios Políticos* entre otras más.

El posmodernismo ha permeado toda la teoría social en nuestros días y los desarrollos teóricos recientes en relaciones internacionales no escapan a esta influencia, pero debido a las dificultades para comprender la rebuscada terminología de dicho discurso resulta una tarea difícil identificar el contenido ideológico de algunas teorías que implícitamente son posmodernas, mientras que solo unas cuantas son abiertamente posmodernas (aun marginales).⁴⁴

El discurso posmoderno está tomando fuerza en un momento histórico complejo, de crisis orgánica, y junto a las tendencias dominantes propicias a la recomposición hegemónica del capitalismo mundial y a la imposición del discurso neoconservador en círculos intelectuales, emergen contratendencias contestatarias del *status quo*. Es precisamente en este contexto, retomando una tesis expuesta con anterioridad,⁴⁵ en cuanto a la relativa similitud existente entre el momento histórico que caracterizó el nacimiento de las relaciones internacionales como disciplina científica y la actual coyuntura y además como un rechazo al discurso posmoderno, que ahoga la *utopía*, que en la conclusión de este trabajo planteamos una hipótesis en cuanto al desarrollo disciplinario de las relaciones internacionales.

El impulso original para el nacimiento de las relaciones internacionales como un sector autónomo de reflexión científica se gestó en la tradición filosófica europea, en especial en Inglaterra, cuando ese país había entrado en un relativo declive de su capacidad hegemónica a nivel internacional. Pero fue en Estados Unidos, aproximadamente en la década de 1930, en donde las relaciones internacionales como reflexión autónoma adquiriría popularidad y auge, a raíz de:

- la inminente necesidad que Estados Unidos tenía de enfrentar su emergente papel hegemónico a escala mundial, necesidad que compartían tanto las élites empresariales como el propio Estado,

⁴⁴ Cfr., J. Der Derian and M. Shapiro (ed.) *International/Intertextual Relations: Boundaries of Knowledge and practice in World Politics*. Lexington Books, 1989; R. W. Walker, "Genealogy, Geopolitics and Political Community; Richard Ashley and the Critical Social Theory of International Politics", *Alternatives*, vol. 13, 1988; T. Biersteker, "Critical Reflections in Post-Positivism in International Relations", *International Studies Quarterly*, vol. 33, núm. 3, 1989; J. Gibbins (ed.) *Contemporary Political Culture: Politics in a Postmodern Age*. Newbury, Sage Books, 1989; R. Rosenau, "Once again into the fray: International Relations confronts the Humanities", *Millennium*, vol. 19, núm. 1, 1990.

⁴⁵ Cfr., Varela Barraza, "Los debates de las relaciones internacionales: ¿conflicto epistemológico o político?", *Relaciones Internacionales*, núm. 47, p. 8.

- la necesidad de formar cuadros capaces de enfrentar los futuros dilemas de política externa,
- la necesidad de elaborar un cuadro interpretativo para explicar una realidad internacional nueva,
- el financiamiento público y privado para la investigación y docencia en relaciones internacionales en ese país favoreció el surgimiento de una comunidad de estudiosos de las Relaciones Internacionales, caso único en el mundo.

La reflexión científica de las relaciones internacionales se gestó en la tradición filosófica europea, pero al desplazarse el núcleo de preocupación y de interés hacia Estados Unidos perdió fuerza esta tradición, en aras de un pragmatismo justificador del *statu quo* de la gran potencia capitalista, vinculado a su política exterior. El ascenso del realismo político marcaría no solo el triunfo de la perspectiva realista en detrimento del idealismo-normativo de los años 1910-20, sino también el hegemonismo teórico de Estados Unidos con la imposición de la racionalidad técnica de modernización por oposición a la reflexión filosófica.

A lo largo del siglo XX la construcción disciplinaria ha estado orgánicamente unida al hegemonismo realizado a nivel internacional, en cuyo contexto se inscribe el desplazamiento de la reflexión filosófica hasta convertirse en marginal y el ascenso del pragmatismo utilitario, elitista, ajeno a la tradición filosófica.

Este hecho no debe servir de pretexto para invalidar a las Relaciones Internacionales como disciplina científica, sino que debe ser un reto, sobre todo en la actual coyuntura internacional, para lograr la transformación de las relaciones internacionales en un auténtico instrumento de conocimiento crítico, lo que constituye una exigencia básica para enfrentar los nuevos dilemas que la *globalización* y la *mundialización* plantean.

Las relaciones internacionales modernas no podrían ser concebidas sin la *utopía*, cuya centralidad ha sido legitimación y articulación de la propia disciplina, desde el pacifismo y la organización mundial de los años 20 hasta los nuevos enfoques neomarxistas han augurado un ideal de humanidad cuya concreción supera las capacidades inmediatas, pero no inhibe la lucha y el compromiso para hacerla realidad.

Si bien es indudable que exista una crisis de los grandes discursos de emancipación de la modernidad, que en gran medida se han visto superados por la realidad pero también como resultado de desviaciones hacia el dogmatismo y la petrificación del pensamiento, esta crisis debe ser enfrentada en forma coherente con una situación que es adversa para las regiones de capitalismo dependiente, que ni siquiera lograron acceder a la emancipación burguesa (liberal) de la modernidad y ya están confrontadas con los problemas de una posmodernidad que nos arrastra, nos condena a recibir la peor parte y que por lo tanto nos afecta directamente.

La influencia de la teoría social posmoderna en relaciones internacionales puede ahondar las ambigüedades que han caracterizado a este campo de estudio desde su conformación como disciplina científica, haciendo más volátil, impreciso y confuso el terreno teórico, con el desplazamiento de la atención hacia lo irrelevante, lo periférico, velando la esencia de un capitalismo que por primera vez en la historia es global y en el cual la condición posmoderna de las sociedades posindustriales está dialécticamente unida a la pauperización de las zonas dependientes, son dos caras de una misma moneda y consagrar teóricamente las diferencias (derecho a las diferencias, según los posmodernos) equivale a justificar la desigualdad social a nivel mundial.

La influencia posmoderna en relaciones internacionales tiende a reducir la función de la teoría en la investigación, modifica la agenda de investigación y la perspectiva de indagación teórica e introduce un lenguaje inaccesible, sofisticado como sinónimo de erudicción o de "originalidad", en deseo deliberado de apartarse del positivismo racionalista, pero reduce la elaboración intelectual a una "torre de Babel", en la cual cada corriente y hasta cada autor inventa su vocabulario, con énfasis en el lenguaje y con el descuido del contexto social.

Ante las dificultades para escudriñar teóricamente la *aceleración de la historia*, el debilitamiento teórico del realismo político en su versión renovada (neo-realismo) y la proliferación de enfoques, lo que acrecienta la característica falta de consenso en este campo disciplinario, el posmodernismo sin compromisos ni políticos ni teóricos, multiforme, resbaladizo, ambivalente y despolitizado se vuelve más atractivo para el discurso neoconservador.

Disciplina de las relaciones internacionales

El debate técnico de la disciplina de las relaciones internacionales...

El debate técnico de la disciplina de las relaciones internacionales...

